

ser incrédulo. Había hecho un profundo estudio de la historia; estaba, pues, preparado para plantear la cuestión del progreso en su verdadero terreno, el de los hechos. Bodin rechaza la antigua fábula de una perfección primitiva. «La pretendida edad de oro, dice, era una verdadera edad de hierro, puesto que, según el testimonio de todos los historiadores, en la cuna del género humano imperaba la fuerza, y sólo insensiblemente la humanidad ha ido substituyendo á la barbarie.» Bodin combate la preocupación que pretende que las cosas humanas van cada vez peor. Responde de una manera perentoria que, si así fuese, hace mucho tiempo que la humanidad hubiera perecido á fuerza de excesos y de crímenes. El historiador francés apela á los hechos. No es entusiasta de los Griegos y de los Romanos, como lo fueron Mably y Rousseau en el siglo pasado. Bodin recuerda que en la legislación tan celebrada de Licurgo se erigia el vicio en virtud, que en Roma la muerte servía de diversión al pueblo rey, y que en la remota antigüedad los sacrificios humanos manchaban todas las religiones. El enaltecimiento de lo pasado á costa de lo presente es lisa y llanamente una preocupación. ¿Por qué los ancianos celebran el tiempo pasado? Porque juzgan el presente á través de las enfermedades y de la decadencia de su edad, y aprecian el pasado con los recuerdos de la juventud (1). Cuando se escriba la historia bajo este punto de vista, será la demostración evidente de la ley del progreso que rige al mundo.

§ III.—El progreso del siglo XVII.

I.

Un filósofo francés ha dicho que la idea del progreso es el vínculo que une al siglo XVIII con el siglo XVII (2). El vínculo es innegable, pero se remonta á tiempos muy anteriores, como acabamos

(1) *Methodus ad facilem rerum cognitionem*, cap. VIII, p. 474-480, edición de 1672.

(2) LEROUX, *De la ley de continuidad que une á los siglos XVII y XVIII* (*Revista enciclopédica*, t. LVII, p. 465).

de demostrar. Hay más. El siglo XVII, por su genio mismo, era poco á propósito para tomar una iniciativa resuelta en la senda de la innovación. Literario ante todo, al ménos en su segunda mitad, monárquico, ortodoxo, conservador, no tuvo esas ardientes aspiraciones que encontramos en el siglo XVI. Verdad es que la edad del renacimiento y de la reforma, á causa de su mismo entusiasmo, se excedió muchas veces de su propósito, lo cual equivale á extraviarse. Es, pues, un beneficio de la Providencia que á un siglo, que extremaba sus ardores y sus esperanzas, sucediese un siglo más tranquilo, más sosegado, mientras llegaba la revolución. Según esto, pocas ideas nuevas debemos esperar en el siglo XVII. El progreso religioso encuentra en él pocos representantes tan decididos como Pomponacio; el progreso social se ve contenido por el despotismo. Queda el progreso científico, literario, filosófico. En este terreno se concentra el trabajo del siglo XVII en la lenta elaboración del dogma de la perfectibilidad.

Encontraremos á Descartes en primera línea entre los filósofos modernos; pero no es libre pensador sino desde seguro. Se atiene á la filosofía pura, no piensa en tocar á la teología, y si habla de progreso, es en las ciencias naturales, cuidando no obstante de no aventurarse demasiado en el terreno de la astronomía. Hablando de sus descubrimientos en física, dice: «Me han hecho ver que es posible llegar á conocimientos que son muy útiles para la vida, y que en lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar una práctica, por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los otros cuerpos que nos rodean, tan claramente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, podríamos emplearlos de la misma manera en todos los usos para los cuales son propios, y hacernos de este modo como señores y poseedores de la naturaleza.» Hé aquí un atrevido programa del progreso material. Descartes participa en este punto de todas las ilusiones de un teórico: cree «que sería posible evitar una infinidad de enfermedades, así del cuerpo como del espíritu, y aún tal vez también el decaimiento de la vejez, si se conocieran suficientemente sus causas y todos los remedios de que nos ha provisto la naturaleza.» Descartes ve claramente los progresos que el

espíritu humano ha de realizar en la serie de las edades. Pide «que todos publiquen el resultado de sus estudios y de su experiencia á fin de que el término de la vida y de los trabajos de los unos sea el principio de la vida y de los trabajos de los otros, y que de este modo los progresos individuales sirvan de origen y de base al progreso general de la humanidad» (1).

Descartes y su escuela no salen del terreno del progreso científico. Hay todavía en los filósofos cartesianos otro sentimiento que los aproxima más al siglo XVIII. Los escritores del siglo pasado manifiestan tanto desprecio hácia lo pasado como confianza ilimitada hácia el porvenir. Descartes ha dado el ejemplo de esta falta de respeto á la autoridad; pretendia, como es sabido, no derivar su conocimiento más que de sí mismo, lo cual hizo decir á Voltaire que no habia leído nunca nada, ni siquiera el Evangelio. Su discípulo Malebranche llevó esta irreverencia hasta el desden: se le tendria por contemporáneo de los enciclopedistas, si no hiciera salvedades respecto de la teología. Quiere que los hombres se guien en la investigacion de la verdad por las luces de su propia razon; censura «la admiracion excesiva de los antiguos, que hace creer que han sido más ilustrados que podemos serlo nosotros, y que no se debe intentar nada allí donde ellos han fracasado; por no sé qué respeto, mezclado con una necia curiosidad, que hace que se admiren más las cosas más visibles, las que vienen de más léjos.... Se buscan con afan las medallas antiguas, aunque estén cubiertas de moho, y se conserva con gran cuidado la linterna ó las pantuflas de algunos antiguos; su antigüedad constituye su mérito.... Se estiman más las opiniones más antiguas, porque están más distantes de nosotros, y sin duda, si Nemrod hubiese escrito la historia de su reinado, hubieran figurado en ella la política más fina y aún todas las otras ciencias.... Es preciso respetar la antigüedad, se dice: ¡cómo! ¡Platon, Aristóteles, Epicuro, todos aquellos grandes hombres, se habran engañado! No se considera que Platon, Aristóteles, Epicuro, eran hombres como nosotros, y además que en los tiempos que alcanzamos, el mundo tiene dos mil años más; que tiene más experiencia, debe hallarse más ilustrado,

(1) DESCARTES, *Discurso sobre el método*.

y que la antigüedad del mundo y la experiencia son las que hacen descubrir la verdad» (1).

El siglo XVIII no ha dicho nada mejor, pero Malebranche, en su calidad de cristiano, hace una excepcion que los enciclopedistas han rechazado con razon: «En materia de teología, dice, se debe buscar la antigüedad, porque se debe buscar la verdad, y la verdad se encuentra en la antigüedad; toda curiosidad debe cesar cuando se ha alcanzado ya la verdad.» ¡Extraña preocupacion en ánimos que tan poco respetaban la autoridad! ¡Por qué la verdad religiosa ha de encontrarse toda en los antiguos, más bien que la verdad filosófica? ¿Será porque es más oscura, más difícil de descubrir? La contradiccion de los cartesianos es evidente. No nos admiremos; prueba, como toda la historia, que el hombre no llega á la verdad más que á través de los errores. Pero el error se disipa y la verdad queda. Tengamos confianza en el poder de nuestra razon, como quieren Descartes y Malebranche, y no nos sirvamos de ojos ajenos, cuando podemos utilizar los propios.

La idea del progreso científico se encuentra en el siglo XVII en los campos más opuestos; prueba de que ha entrado en la conciencia general. Podia presentarse una objecion bajo el punto de vista de la doctrina cristiana. ¿El dogma del pecado permite creer que la razon del hombre se perfecciona? Arnaldo califica de ridícula la objecion. Sin embargo, de todas las sectas cristianas, los jansenistas eran los que llevaban más léjos las terribles consecuencias del pecado original. El buen sentido, al cual no quieren escuchar los teólogos cuando se trata de la fe, es el que dicta la respuesta de Arnaldo: «Si el número de los siglos aumentase la corrupcion de la naturaleza humana, y con ella la ceguera de la razon natural, sería necesario que ántes del diluvio hubiera habido médicos más hábiles, geómetras más sábios que Hipócrates, Arquímedes y Tolomeo. ¿No es por el contrario evidente que las ciencias humanas se perfeccionan con el tiempo? No creo necesario extenderme más sobre este punto» (2). Nicole es de la misma opinion: «Hay, dice, un progreso continuo desde que el mundo existe, se-

(1) *Investigacion de la verdad*, lib. II, 2.^a parte, cap. v.

(2) ARNALDO, *Exámen de un tratado de la esencia de los cuerpos* (Obras, I, 38).

mejante al de un hombre que sale de la infancia y pasa sucesivamente por las demas edades» (1).

II.

Este último pensamiento nos recuerda á Pascal: nadie lo ha desarrollado mejor que él. Escuchémosle, aunque no sea más que por la inimitable belleza de su lenguaje: «El hombre se instruye incesantemente en su progreso, porque aprovecha, no solamente su propia experiencia, sino tambien la de sus predecesores. De aquí resulta que, por una prerogativa particular, no solamente cada uno de los hombres adelanta de dia en dia en las ciencias, sino que todos los hombres juntos hacen en ellas un progreso continuo á medida que el universo se envejece, porque acontece lo mismo con la sucesion de los hombres que con las diferentes edades de un individuo. De suerte, que toda la serie de los hombres, durante el curso de tantos siglos, debe ser considerada como un mismo hombre que persiste y sigue aprendiendo continuamente; por donde se ve con cuánta injusticia respetamos á la antigüedad en sus filósofos; siendo la vejez la edad más distante de la infancia, ¿quién no ve que la vejez de este hombre universal no debe buscarse en los tiempos próximos á su nacimiento, sino en los más distantes de él? Los que llamamos antiguos eran verdaderamente nuevos en todo, y formaban propiamente la infancia de los hombres; y como nosotros hemos unido á sus conocimientos la experiencia de los siglos que han venido despues, en nosotros es donde puede encontrarse esa antigüedad que veneramos en otros.»

La unidad del género humano y su desarrollo son la base inquebrantable de la doctrina del progreso. Es verdad que Pascal mantiene el principio de la autoridad en la teología, lo mismo que Malebranche. Pero quién no ve que ésta es una inconsecuencia condenada por el principio mismo de donde parte? Si la humanidad tiene diversas edades, lo mismo que el individuo, es imposi-

(1) NICOLE, Discurso que contiene en compendio las pruebas de la existencia de Dios.

ble que sus creencias religiosas sigan siendo en su edad viril lo que eran en la juventud y en la infancia. ¿No se distingue el niño por una excesiva credulidad, y el jóven por la exuberancia de sus ilusiones? Cuando llega la edad madura, la razon rechaza las creencias supersticiosas y los extravíos de la imaginacion. Si no sucediese esto con la humanidad, el principio de Pascal sería falso. El principio es de una verdad incontestable, sino que Pascal retrocede ante sus consecuencias. En vano apela á lo sobrenatural; los libros sagrados, en los cuales cree encontrar las verdades incomprendibles para la razon humana, son tambien obra de esta razon; pero esta razon en su infancia, cuando gusta del misterio y se deja seducir por la poesia. ¿Habrà de permanecer la humanidad eternamente encadenada á los errores que ella misma ha forjado, porque ha querido darles el nombre de revelacion? Pascal no ha echado de ver que el respeto supersticioso de la Escritura comprometa hasta el progreso de la ciencia. No hacía mucho tiempo, sin embargo, que en nombre de la llamada revelacion, un llamado órgano de Dios habia impuesto á Galileo la retractacion de una verdad matemática. Y estaban próximos los tiempos en que en todas las esferas de la ciencia habia de haber contradiccion entre la verdad y la Escritura. ¿Será preciso que la humanidad renuncie á la ciencia para someterse ciegamente á los errores forjados hace algunos miles de años en un libro llamado sagrado? No; la oposicion cada dia más manifiesta entre la ciencia y los libros sagrados será, por el contrario, una razon decisiva para abandonar definitivamente la revelacion sobrenatural.

El desden de lo pasado y la confianza ilimitada en lo por venir son dos sentimientos que se tocan y se engendran recíprocamente. En el siglo XVII filósofos y teólogos se dan la mano para atacar el respeto á la autoridad en la esfera de la ciencia. El progreso científico no era ya una doctrina peculiar de una escuela; los hombres de letras se apoderan de ella, la vulgarizan y le prestan nuevo brillo. La Bruyère no desmerece citado al lado de Pascal: «Si el mundo no cuenta más que cien millones de años, se encuentra todavía fresco y acabado de nacer; nosotros nos tocamos con los primeros hombres y con los patriarcas; y ¿quién podrá no confundirnos con ellos en siglos tan distantes? Pero, si ha de juzgarse

el porvenir por el pasado, ¡ cuántas cosas nuevas nos son desconocidas en las artes, en las ciencias, en la naturaleza, y aún me atrevo á decir que en la historia! ¿ Cuántos descubrimientos no se harán? ¿ Cuán diversas revoluciones deben tener lugar en toda la haz de la tierra, en los Estados y en los imperios! ¡ Qué ignorancia la nuestra! y ¡ qué leve experiencia la de seis ó siete mil años!»

III.

Puesto que deben realizarse tantas cosas por el poder del espíritu humano, ¿ por qué no habia de poner mano á la obra? No basta desdeñar á los antiguos, es menester probar que se les aventaja. Esta era la ambicion de Descartes y de su escuela. Pero el progreso filosófico no interesa más que á los filósofos. Si la idea del progreso hubiera quedado concentrada en la escuela, no hubiera tenido poder para entusiasmar al siglo XVIII. Para hacerse popular tenia que presentarse en un terreno popular. Esto es lo que se verificó en la disputa de los antiguos y de los modernos. Toda la sociedad tomó parte en ella; la corte se dividió entre los partidarios de Homero y los defensores de la poesía francesa; fué casi un debate personal, en el que todos los hombres estaban interesados, y en el que cada cual debia decidirse. De aquí la importancia de una disputa que en apariencia era puramente literaria. En el fondo se discutia la doctrina del progreso, y vamos á ver que la idea, en fuerza de ser debatida, dió un gran paso.

A primera vista parece que los admiradores de los modernos sostenian una pura paradoja. Perrault, su jefe, parte del principio de que no hay nada que el tiempo no perfeccione todos los dias; ahora bien, el arte de expresar su pensamiento, ya en prosa ya en verso, se parece en esto á todos los demas. De aquí deduce: « como la poesía estaba todavía en su infancia entre los antiguos, sería contra naturaleza que un arte que es tan bello, y que requiere tantas cosas para llegar á su última perfeccion, la hubiese alcanzado cuando acababa de nacer, al paso que las demas artes, mucho ménos difíciles, no han podido salir de su primer gro-

sero estado, sino al cabo de muchos siglos» (1). Indudablemente la noción del progreso implica que todo va perfeccionándose. Pero ¿ debe deducirse de esto que por todos conceptos los modernos son superiores á los antiguos? La cuestion es importante, porque se trata de definir la perfectibilidad. Que hay progreso en la esfera intelectual, todo el mundo lo admitia en el siglo XVII. Pero ¿ cómo se realiza el progreso? Debe haber progreso en la literatura, como en todas las manifestaciones del pensamiento. Tampoco esto puede ser puesto en duda. Pero ¿ quiere esto decir que Racine sea por todos conceptos superior á Sófocles?

Hay que distinguir dos cosas en las obras de arte: los sentimientos, las ideas, y la forma que el poeta les da. Nadie pondrá en duda que respecto de los sentimientos y de las ideas la literatura moderna es superior á la de los griegos. Esto es tan cierto que tenemos que hacer un esfuerzo sobre nosotros mismos, y trasladarnos con el poder del pensamiento al estado social descrito por Homero, para que sus personajes lleguen á interesarnos; porque su manera de pensar y de sentir no es ya la nuestra. No sucede lo mismo con la forma; ésta varía segun la diversidad de las lenguas, segun el genio de los pueblos. Las lenguas son la expresion de las diversas razas; tienen una superioridad relativa, mejor dicho, una perfeccion relativa, en el sentido de que cada una está en armonía con el carácter y las necesidades de cada nacion. Esta diversidad hace imposible toda apreciacion absoluta, y por consiguiente la cuestion de superioridad no puede resolverse. Lo mismo sucede con la poesía. Todo lo que podemos afirmar es que la poesía moderna está más en armonía con nuestros gustos, con nuestros sentimientos y nuestras ideas. Ademas, debemos decir que cada edad de la literatura, lo mismo que cada edad de la humanidad, tiene sus cualidades que le son propias y que sería absurdo pedir á otra edad diferente. ¿ Cómo es posible pretender que un pueblo sea á la vez niño, jóven y hombre adulto? La imaginacion desempeña un papel más importante entre los griegos que entre los pueblos modernos. Por consiguiente su poesía debe tener un brillo que la nuestra no tiene. ¿ Quiere esto decir que nuestros poetas son inferior-

(1) PERRAULT, *Paralelo entre los antiguos y los modernos*, t. II, p. 16.

res? ¡ Respondan los que han leído á Shakspeare y Milton, Schiller y Goethe, Moliere y Corneille!

Solamente con estas restricciones aceptamos la proposición de Perrault. No creemos, con un filósofo francés, que Perrault sea el revelador del dogma de la perfectibilidad (1). Su doctrina es en el fondo la de Pascal; no ha hecho más que aplicarla á la literatura y á las bellas artes. Pero, puesta en este terreno, la cuestión suscitaba dificultades que llevaron á Perrault á examinar las leyes que rigen el progreso. La primera duda era si la idea del progreso implica un desenvolvimiento igual y universal de todas las facultades del hombre en todas las edades de la humanidad. Los hechos prueban evidentemente lo contrario, dice Perrault, puesto que en la juventud de los pueblos la imaginación tiene una importancia mayor que en edades más avanzadas. En nuestra opinión es preciso ir más lejos y tener en cuenta el genio de las diversas naciones. La historia, bien estudiada, prueba que cada pueblo tiene su misión en la vida del género humano; cada uno tiene un papel que desempeñar en el trabajo del perfeccionamiento general. De aquí resulta otra ley que rige al progreso. ¿Es continuo y sin interrupción alguna? Perrault responde que no. Es evidente que en los siglos IX y X reinaban la ignorancia y la barbarie, y que no se puede buscar en ellos la ciencia y la finura del siglo de Augusto, y mucho menos un progreso. Perrault añade que para que los tiempos modernos aventajen á los precedentes ha de ser á condición de que todas las demás circunstancias sean iguales; admite una interrupción á causa de las grandes y largas guerras. Esto no basta para explicar la ley del progreso. Es preciso indagar las razones de esos trastornos y ver si acaso ocultan un progreso, á pesar de la aparente decadencia. En otra parte lo hemos dicho (2), ha habido progreso en la Edad Media, un progreso inmenso en la marcha de la humanidad hacia la libertad y la igualdad, y para producir este progreso ha sido necesaria precisamente la terrible invasión de los pueblos del Norte, porque de los Bárbaros hemos

(1) LEROUX, en la *Revista enciclopédica*, t. LVII, p. 513 y sig.

(2) Véanse los tomos V y VII de mis *Estudios sobre la Historia de la humanidad*.

recibido ese espíritu de individualidad, desconocido de los antiguos, que distingue á la civilización moderna. El individualismo de las razas germánicas ha recobrado sobre la literatura y le ha dado ese carácter de intimidad que constituye su atractivo y la hace superior á la de los griegos y los romanos.

IV.

Salgamos del terreno de los hechos para entrar en el de la especulación religiosa y filosófica. El siglo XVII se preocupaba muy poco del progreso religioso. La Iglesia católica lo rechaza, y los reformados estaban todavía demasiado imbuidos en el espíritu del cristianismo tradicional para echar de ver que la verdadera misión de la reforma era inaugurar una revolución religiosa, es decir, un movimiento hacia adelante, y no, como creían los reformadores, un regreso al Evangelio. Sin embargo, la cuestión del progreso religioso es capital, porque se trata de saber si la humanidad tiene un destino religioso, y si la ley del progreso rige esta fase de su existencia, lo mismo que todas las demás. Ya en el siglo XVI un filósofo semi-incrédulo había resuelto la cuestión á favor del desenvolvimiento progresivo. En el siglo XVII fué tratada nuevamente por un pensador más digno de ella que el escritor italiano. Puede sospecharse que Pomponacio no sostuvo la tesis del progreso religioso más que por hostilidad al cristianismo. Al menos puede decirse que un filósofo que niega la inmortalidad del alma no tiene autoridad para ocuparse del progreso de las religiones. El misticismo que inspiraba á Van Helmont es una disposición de espíritu más favorable á pesar de sus excesos (1).

Van Helmont tiene una noción muy exacta de la perfectibilidad del hombre: es imperfecto puesto que es un ser creado; pero tiene en sí un principio de perfeccionamiento que incesantemente lo va aproximando á la perfección de Dios, por más que nunca puede alcanzarla. Este principio abre á nuestra actividad un horizonte sin límites. El progreso moral es el que principalmente intere-

(1) Véase, sobre VAN HELMONT, la *Historia de la Filosofía* de RITTER, t. XII.